Los 4 Sherlocks

Jesús Cortés

Dibujos de Oriol Malet

El tesoro perdido

Gomo
Wen
Fran
Mati

Estos son los cuatro Sherlocks

Cuatro amigos inseparables que comparten su afición por las historietas de detectives. El arte de la deducción no tiene secretos para ellos gracias a las enseñanzas de su maestro, el incomparable detective Sherlock Holmes. Delitos, incógnitas y misterios inexplicables tienen las horas contadas cuando Fran, Gomo, Mati y Wen entran en acción.

FRAN. Es astuto y piensa despacio. Está considerado como el miembro más tranquilo del grupo, aunque puede ponerse nervioso si lo cree necesario. Como los demás, es todo un experto en cazar pistas ocultas. Pero es consciente de sus limitaciones. Razonar se le da mejor que correr.

«Por eso nunca seré un atleta».

MATI. Es la más decidida y no soporta las injusticias. Como Fran, también sabe que nunca será una atleta. Pero los deportes le gustan y siempre aprovecha cualquier ocasión para ponerse en forma.

«Pero por pura diversión».

GOMO. Es el más corpulento de todos y a veces no sabe medir sus fuerzas. Cuando se aburre, se hurga la nariz. Fran suele decir que busca diamantes verdes en sus minas nasales. Pero con un caso entre manos, Gomo nunca se aburre.

«Ponedme a prueba».

WEN. Tiene mirada de lince, y las pistas tiemblan cuando sus ojos pasan sobre ellas. Le gusta mucho jugar, y piensa en Mati como en una hermana gemela. Su cerebro funciona como un mecanismo de relojería.

«Si nos acompañáis, nos divertiremos».

1 Tenemos un problemón

Un coche negro y lujoso aparcó en la plaza del Roble, a las puertas del ayuntamiento. Dos hombres vestidos de negro, con gafas negras y maletines negros bajaron y miraron a su alrededor, como si inspeccionasen el territorio. Después entraron en el ayuntamiento.

–Parecen agentes del FBI, como los de las pelis –dijo Wen.

–O empleados de una funeraria –dije yo.

Yo soy Fran.

Gomo, con cara de aburrido, se hundió un dedo en la nariz, dispuesto a buscar un buen diamante verdoso. No lo encontró.

–¿Quieres dejar de hacer eso? –le regañó Mati dándole un empujón.

–Me aburro –se limitó a decir Gomo.

–¡Guau! –se limitó a decir Watson.

Watson es nuestro perro. Eran las seis de la tarde y lo habíamos sacado a pasear. Los cuatro éramos sus dueños y cada semana lo tenía uno. Esa semana le tocaba con Wen.

–¿Os habéis fijado? –dije, por decir–. Esos dos hasta llevan chófer.

–Pues tendrá problemas como venga la policía municipal –señaló Mati–. Ahí no se puede aparcar. El bordillo está pintado de amarillo. ¡Multa, multa multota!

–¿Problemas? –dije–. Nosotros sí que tenemos problemas. ¡Un problemón!

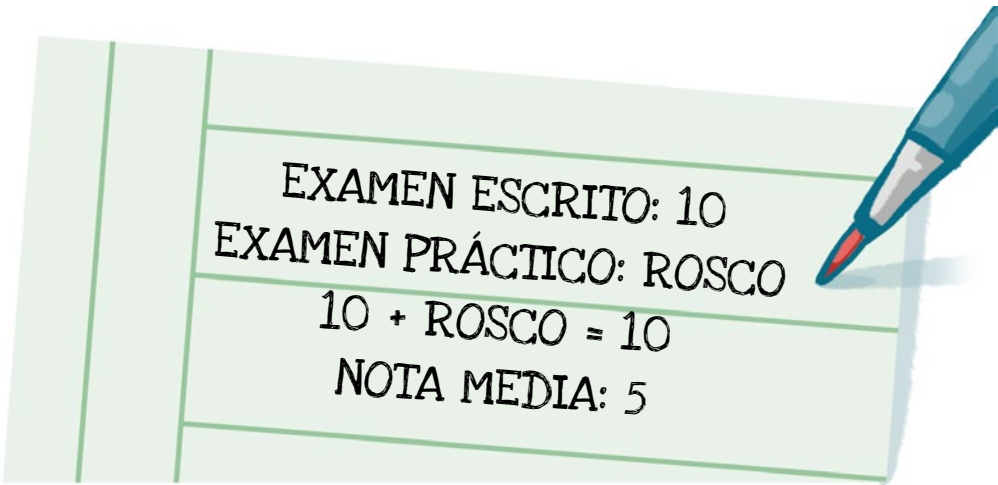
Nosotros éramos los Sherlocks, los detectives oficiales de San Telmo. Todos nos llamaban así. Gracias a nuestra afición a las historias de Sherlock Holmes, habíamos aprendido a resolver misterios. Incluso habíamos resuelto algunos. Pero sí, nosotros, los Sherlocks, teníamos un problema. Bueno, toda nuestra clase del cole lo tenía. Nuestro cole es el Lope de Vega. Fernando, el profe de Educación Física, había tenido la genial idea de incluir el vóleibol entre los deportes que debíamos practicar durante el curso.

Pero ese no era el problema. El problema era que íbamos a jugar partidos y Fernando nos iba a examinar por equipos. Y faltaban dos o tres semanas. Examen escrito y examen práctico. A la nota del primero se le sumaría la del segundo. Y la nota del segundo dependería del nivel de juego mostrado en los partidos que disputaríamos en el gimnasio. Ya me lo podía imaginar: un diez para los equipos ganadores, y un rosco para los perdedores.

¡Menudo *flash*!

Lo peor de todo era que ni teníamos balón ni dónde practicar. En San Telmo tenemos un polideportivo, pero está que se cae de viejo. El alcalde lleva años prometiendo una buena reforma.

En cualquier caso, en el polideportivo tampoco había redes de vóleibol ni postes a los que sujetarlas. La red más cercana estaba en el gimnasio del cole, y solo podíamos usarla durante las clases. Así que estábamos seguros de que solo aprobaríamos sacando la máxima nota en el examen escrito.



–¿Y si compramos un balón en el bazar y jugamos sin red? –sugirió Wen–. Podríamos ensayar saques y pases.

–Si atásemos una cuerda entre dos árboles, nos marcaría la altura de la red –dijo entonces Mati.

Mati y Wen nunca se dan por vencidas. Pero el único árbol que teníamos cerca estaba a nuestras espaldas. Era el viejo roble de la plaza.

–¿Y si fuésemos al Pico del Cuervo? –pensó Mati–. Allí hay más árboles.

El Pico del Cuervo era el monte que se alzaba al este de San Telmo. Solo había árboles, matojos y pedruscos. Unos decían que el pico se llamaba así porque su tierra era negruzca. Otros, porque antiguamente había un cuervo por allí y desde el pueblo se oían sus graznidos. Lo que nadie ponía en duda era que, al amanecer, todo el mundo podía ver cómo el sol aparecía por su cima. A veces íbamos en bici.

–El vóley se juega en suelo liso –dije.

–El vóley-playa, no –replicó Mati.

–Claro, pero la arena es blanda. Lánzate al suelo en el Pico del Cuervo y verás cómo acabas, como si te hubiesen pasado un rallador de queso por encima.

–Pero podríamos ensayar saques y pases –repitió Wen.

–Para eso no hace falta ir al Pico del Cuervo –dijo entonces Gomo–. Con los solares del poli tendríamos bastante. Y al menos son llanos.

–Solo ensayando saques y pases no llegaremos muy lejos –afirmé–. En el examen que

haremos jugando, solo sacarán buena nota los que jueguen bien. Y creo que no es nuestro caso.

–Anda, no seas pesimista –dijo Mati–. Al fin y al cabo, nadie puede entrenar como Dios manda.

Durante unos segundos reinó el silencio. Watson incluso bostezó.

–¿Entonces no vamos al Pico del Cuervo? –insistió Wen.

La respuesta era evidente. Sin embargo, nadie podía imaginar que íbamos a tener que hacerlo, y no para jugar al vóleibol. Los hombres de negro que habíamos visto iban a ser la causa. Era cuestión de tiempo que descubriésemos quiénes eran aquellos hombres y a qué habían venido a San Telmo.

¡Fliparéis!

Pero no adelantemos acontecimientos todavía.

Don Anselmo, el sacerdote, salió por la puerta de la iglesia.

–Es hora de volver a casa –dijo Gomo.

Teníamos deberes del cole pendientes. Y, sin saber nada todavía del nuevo caso que se nos iba a presentar, en lo único que pensábamos era en eso, en los deberes, y en que seguíamos teniendo un problema.